

## **Sexualidad y Educación. El hogar es el inicio.**

Gustavo Vignali  
Educador Sexual  
Centro Médico Sexológico Plenus

*"La sexualidad es un aspecto central del ser humano, presente a lo largo de su vida. Abarca al sexo, las identidades y los papeles de género, el erotismo, el placer, la intimidad, la reproducción y la orientación sexual. Se vivencia y se expresa a través de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, conductas, prácticas, papeles y relaciones interpersonales. La sexualidad puede incluir estas dimensiones no obstante, no todas ellas se vivencian o se expresan siempre. La sexualidad está influida por la interacción de factores biológicos, psicológicos, sociales, económicos, políticos, culturales, éticos, legales, históricos, religiosos y espirituales."* (Organización Mundial de la Salud, 2008).

De la definición de la O.M.S. se desprende que la sexualidad es inherente a los seres humanos, que nos acompaña durante toda nuestra vida y que por tanto, no es un aspecto de la vida que aparezca en determinado período del desarrollo y concluya en otro dejándonos desprovistos de la misma. Quienes ofician como educadores desde el comienzo de la vida del niño son quienes están a su cuidado. Los padres, o quienes cumplan ese rol, se convierten en educadores permanentes, lo hacen tanto a través de sus palabras como de los silencios, de las conductas que manifiestan frente al niño, la atención que les brindan, así como las manifestaciones de afecto que demuestran en la convivencia cotidiana.

¿Pero dónde surge la información con que contamos? ¿Dónde aprendimos?

Al ser un componente de la vida cotidiana, a diario participamos y opinamos de todo lo relacionado a la *sexualidad*. En ocasiones con dudas, en otras con mucha convicción, el hecho es que no nos pasa inadvertido las veces que hacemos referencia a la misma. Estos conocimientos con que contamos los vamos acumulando a lo largo de nuestro pasaje por la vida ya desde pequeños, tomamos información tanto de lo que nos dicen como de aquellas cosas que vemos y oímos. En dicha conformación influyen tanto mensajes de nuestra familia como de la comunidad, de las instituciones educativas, los medios de comunicación, etc. A estos mensajes los asimilamos y vamos resignificándolos

con el pasar del tiempo, haciendo modificaciones de acuerdo a nuestra experiencia y a nuestros vínculos.

Muchas veces este pool de información que nos configuramos (y nos configuran) son los responsables de que vivamos nuestra sexualidad de forma limitada, siendo parte de ese conjunto aquellos mitos y tabúes que se escapan a una mirada crítica. Tales modelos de sexualidad son promovidos por estereotipos sociales que benefician a algunos sectores tanto como los perjudican. Si hacemos el ejercicio de replantearnos el origen de algunos mandatos, tales como la división de roles según el género, nos percatamos de que muchos de ellos no sabemos ni cómo llegaron a nosotros. Pero allí están, como guardianes subyacentes que condicionan nuestras conductas.

Cada cultura genera y promueve mandatos que responden a intereses particulares de determinados sectores de poder. Los mismos no son estáticos, sino que varían con el tiempo y con las corrientes ideológicas que imperan en cada momento histórico. De esta forma y conforme pasa el tiempo, dichos mandatos se adaptan y reconfiguran acorde a los cambios sociales, económicos, religiosos, etc., legitimando de esta manera nuevas lógicas de sentido o rediseñando los paradigmas existentes en torno al tema.

La sexualidad está atravesada por los discursos, las prácticas y los significados que a ella le damos. Al observar la interacción entre estos factores, vemos que no siempre llegan a coincidir. Nuestro *discurso* plantea una conducta, la *práctica* puede –o no- ir en la misma dirección, y la *significación* que nos configuremos puede ir en la misma línea o –en ocasiones- diferir de aquellos. Ejemplificación de esto es cuando a nuestros niños los educamos con el pilar de la sinceridad, pero en reiteradas oportunidades nos mostramos ante ellos mismos faltando a la verdad. En pequeñas acciones cotidianas, aparentemente inocentes, trampeamos toda nuestra teoría acerca de la sinceridad. Un claro ejemplo –quizá inocente pero frecuente y cotidiano- es cuando alguien nos llama por teléfono y mandamos al niño a responder que no estamos, para evitar una situación no deseada. Ante los ojos de ese niño, el discurso es la sinceridad pero la práctica es que “se puede mentir”. Y la significación que emana de esta situación es que queda permitida la mentira bajo determinadas circunstancias.

Si un hecho tan cotidiano como el ejemplificado, puede abarcar un tema tan complejo cómo la “institución de la mentira a nivel social”, pensemos cuanto mayor es la complejidad y diversidad de lógicas que atraviesan a la temática de la sexualidad, es comprensible entonces que surjan tantas dudas entorno a cómo manejar este tema frente a nuestros niños.

Muchas veces no sabemos como comportarnos ante determinadas preguntas o manifestaciones de los hijos: qué postura tomar y cómo abordar la temática de la sexualidad, son inquietudes frecuentes. Qué hacer y qué no hacer... lo importante es hablar y comportarse con naturalidad como lo hacemos con otros temas y otras inquietudes que surgen.

Desde los primeros cuidados hacia el bebé estamos brindándole información que marcará su postura acerca de la sexualidad. La importancia del esquema corporal, que hace al conocernos y conocer el mundo, es fundamental para poder integrar todo el cuerpo, para sentirlo como propio. Se construye a través de las sensaciones que el niño percibe de sí (el tacto, la respiración, el tono muscular), como también las sensaciones recibidas del mundo exterior (la forma de los objetos, el tamaño, los colores). Por ejemplo durante el momento del bañito, debemos tratar las diferentes partes del cuerpo de la misma manera. Cuerpo y sexualidad van unidos. Nuestro cuerpo es donde se manifiesta la sexualidad por lo tanto no podemos pensarlo desprovisto de ella. Este binomio se va construyendo, atravesado por las condiciones socio-históricas de cada una y cada uno.

La curiosidad es un atributo muy positivo de la vida de los seres humanos ya que es un móvil que nos permite aprender y crecer. Por lo tanto es fundamental alentar la curiosidad que los niños sienten acerca de los diferentes aspectos de la vida. Debemos tomar sus preguntas como curiosidad general, somos los adultos los que le ponemos el calificativo de "sexual". De esta forma las respuestas deben ser lo más clara posible, sin palabras abstractas que no puedan entender, sin metáforas, llamando a las cosas por su nombre y dando la cantidad de información acorde a su pregunta, ni más ni menos. Es el niño quien sabe cuando es suficiente y cuando está listo para más información, de esta manera cuando incorpore ese aprendizaje estará pronto para saber más y vendrá con nuevas preguntas específicas de sexualidad y de otros temas ya que el niño no discrimina. Si percibe incomodidad de nuestra parte, el niño evitará determinados temas, aquellos que nos generen malestar. Si acude con nuevas interrogantes podremos calificar de positiva dicha labor.

Cada sexo es educado de manera diferente. Desde el clásico rosado y celeste para la vestimenta, los diferentes juegos, la forma de moverse, los niños van incorporando una manera particular de ser mujer o ser varón, de sentir la realidad, dejando de lado lo que tiene que ver con el otro sexo, renunciando de esta forma a una parte de sí mismos. A las niñas se las educa para que sean delicadas, coquetas y jueguen a las muñecas, mientras que a los varones se los alienta para que sean caballeros y logren destrezas físicas. A esta distinción se le suma que el modelo masculino es socialmente más valorado, pudiendo generar dificultades en cuanto al desempeño para ambos

sexos: las mujeres pueden sentirse inseguras en tareas destinadas socialmente para varones, por ejemplo determinados cargos de poder; así como también en los espacios de "mujeres" los varones se sienten ajenos y aportan sin apropiarse de los mismos, ejemplo de esto podría ser cuando lavan la cocina de su casa sintiendo haber colaborado con su compañera, considerando ésta una tarea que no les pertenece. Como vemos, en estas distinciones, perdemos todos. Es fundamental brindar a niñas y niños iguales posibilidades de estructurar la realidad, sin especificar tareas como propias de cada sexo, de esta forma ampliamos el espectro de oportunidades y habilidades.

Otro punto importante es delimitar lo público de lo privado. De esta manera el niño aprende a distinguir aquellas cosas que son posibles en privado y cuales pueden realizarse en otros ámbitos. Muchas veces se le prohíben determinadas conductas y no se explica el ámbito donde sí puede realizarlas, creando confusión al respecto. Aquí también debemos actuar sin mostrar nerviosismo, de modo natural, explicitando las conductas y reglas sociales que hacen a la convivencia. Ser claros al manifestar que existen lugares o situaciones que habilitan determinadas conductas y no otras. Además favoreciendo un contexto donde poder compartir inquietudes acerca de la sexualidad ayuda a que la/el niña/o se sienta más seguro para poder hacer frente ante cualquier situación.

A través de la sexualidad comunicamos afectos. Habilitamos la posibilidad de optar y de respetar la libertad en sus diversas manifestaciones. Los valores sociales, así como los mitos y tabúes, prejuicios y criterios de normalidad están presentes en nuestra sexualidad. Por eso la necesidad de revisar nuestra postura frente a la misma y de educar favoreciendo una postura crítica constructiva. Es en el trabajo sobre uno mismo, revisando nuestros mandatos, que llegamos al autoconocimiento y nos permitimos reconocer nuestros deseos y respetarlos, así como los del otro/a. De esta manera y en un clima de igualdad se hace posible negociar con ese otro/a respetando los Derechos Sexuales y Reproductivos y así vivir una sexualidad plena y saludable.